



# Los Ojos de Natalie Wood

Ana María Matute, una de las plumas más brillantes que ha dado el siglo XX, afirmaba que la escritura se hacía con dolor. Tiene mucho que ver el hecho de escribir, de unir palabras buscando respuestas a las grandes preguntas, con el parto que lanza a la vida a un ser nuevo. Es el dolor del que intenta, en una continua batalla, encontrar las palabras justas para expresar los sentimientos y sensaciones que dan fuerza cualquier texto literario. Es dolor también, ordenar el mundo interior que va a ser codificado con palabras para entablar un diálogo continuo con el lector. Y es dolor, sin ningún lugar a dudas, ver la evolución de esa raíz arrancada de lo más sensible del creador, para después desarrollarse de forma propia. De ahí surge, seguramente, la intención de muchos escritores de querer cambiar cosas que escribieron meses o años antes y que, con el paso del tiempo, ya no son las palabras necesarias para un presente que ha cambiado. Dolor pero también placer de la narración que avanza, los personajes que van despertando a la vida, la sutil sensación de reencontrarse entre las palabras y las situaciones, entre las esperanzas de un mundo propio y el choque de algo que se escapa. Placer por conseguir, con el solo uso de la palabra, levantar un edificio que representará al creador cuando este ya no esté. De ese dolor y placer, y con la esperanza de ser entendido por cualquiera que sienta la necesidad de la literatura como alimento principal, nace la última novela de Alejandro López Andrada "Los ojos de Natalie Wood".

Estamos ante la novena novela de un escritor que, periódicamente, nos regala su última composición. Su producción ya amplia se compone de unos cuarenta libros entre poesía, novela, ensayo, crónica periodística. Ha recibido

premios importantes que han sabido reconocer una voz propia, profunda, arrebatadora, que ha llenado, a menudo, nuestros vacíos y nuestras dudas. Alejandro es un escritor completo, buscando siempre nuevos senderos, pero con un verbo propio que sobresale por encima de un panorama literario donde la clonación se ha convertido en un hábito. Del mundo de su infancia, de su juventud, de esos tiempos desaparecidos y casi olvidados para muchos, ha sacado el mejor material para un discurso literario que siempre dará la palabra a los que nunca la tuvieron. Tierra áspera, dura, hombres y mujeres apegados a un horizonte encerrado entre montañas, donde las encinas guardan un paisaje milenario que siempre nos susurró el verso de la pérdida, del desconsuelo, de la añoranza de lo que nunca volverá a ser, sobre todo porque nosotros nunca volveremos a recuperar nuestra verdadera patria: la infancia. Personajes lanzados a una búsqueda, entre la esperanza del mañana y la derrota de un presente que acumula muchos errores del pasado. Un mundo donde caben otros, unos reales, palpables, y otros esquivos, formando parte de ese estado de las cosas que solo se revela ante ojos puros.

Todo lo dicho anteriormente se podría aplicar a la última novela de Alejandro. Esta vez nos ha tocado ver el mundo a través de los ojos profundos de la actriz que triunfó y cayó al mismo tiempo, que quedó para siempre en el Olimpo de los dioses de celuloide, y en el infierno de las miserias humanas. Su presencia no puede ser más humilde: una fotografía en un banderín. Pero esos ojos siguen persiguiendo al protagonista, alimentan una historia que nace para ser leída sin interrupción, en el silencio más profundo que siempre une al lector con el autor. Historia de



soledad y silencio en un mundo donde el ser humano se comunica a una velocidad nunca vista hasta ahora. Internet acerca al personaje, como a cualquiera de nosotros, al mundo entero, pero es incapaz de romper las barreras de la más profunda soledad.

Un conflicto padre/hijo, el más antiguo de la humanidad será el motor de una historia contada de forma inusual. A veces nos sorprenden los seres más cercanos, los que más creemos conocer. Descubrimos su lado más oscuro y necesitamos comprender. Conflicto que lleva la novela por una pendiente Kafkiana: el hijo frente al padre, el hijo que no entiende al padre y busca una explicación posible. De ese entendimiento nacerá el perdón y la imprescindible redención. Quizás estemos ante un auténtico canto a la esperanza, de esos que tanto se necesitan en las circunstancias actuales. Probablemente la novela sea un pretexto para buscar una salida lógica al vacío que nos envuelve a diario, a la falta de horizontes de un mundo que se ha hecho más grande, y los sentimientos más pequeños. Meditación oportuna sobre las contradicciones de una sociedad que ha perdido el sentido de lo mágico como posibilidad de avance. Necesitamos nosotros también ese violín del padre, que hace girar las abejas al ritmo de una música que nos interpela en lo más profundo de nuestro dolor.

No se debe decir una palabra más sobre esta novela de tantas facetas, cargada de influencias reconocibles, pero con el sello imborrable de su autor. Nunca se deben contar las novelas, deben ser leídas. Si se escribe sobre ellas, solo debemos dar pinceladas que vayan fraguando un cuadro detrás del cual se encuentra algo importante: el regalo inmenso de una llamada insistente que nos invita a recuperar los senderos perdidos, a retomar la dirección correcta después de un momento de dudas y errores. Esta es una novela demasiado completa para ser contada sin correr el riesgo de traicionarla. Debe quedar, en su formulación definitiva, encerrada entre las páginas de ese buen trabajo realizado por la editorial El Páramo. Editores de raza que saben reconocer a un autor con voz portentosa, y un mundo capaz de servirnos de espejo.

Debemos agradecer a Alejandro esa inmensa generosidad por la cual, periódicamente, nos encontramos con una obra nueva en los estantes de las librerías. Es, sin lugar a dudas, el escritor más importante salido de la tierra de los Pedroches. Con más mérito en un territorio que ha dado muchos nombres, en distintas generaciones,

que han dejado o están elaborando una obra que no carece de interés. Pero la voz que traspasa el horizonte de encinas, que remueve la tierra que pisamos, que lee nuestro futuro en los signos de las estaciones y que nos llama a formar un mundo mejor, es la de Alejandro. Por el volumen de obra, por la variedad de enfoques, y por hacer de la humilde palabra materia noble para hablar al alma de todos los seres vivos, es el mayor representante de la literatura nacida en estas tierras, a veces tan olvidadas. Los que lo conocemos bien sabemos de su bondad, de su gran calidad humana. Quizás el único problema esté en la poca justicia que rige este mundo, donde difícilmente se sabe reconocer de verdad a quién con su arte dignifica la vida. La incompreensión a menudo, la envidia siempre suelen emitir juicios injustos. De ahí que esta tierra, en su conjunto, los Pedroches, no haya reconocido todavía a quien hasta la fecha ha sido su mejor embajador.

A pesar de eso, y sin esperar nunca nada, Alejandro sigue tejiendo palabras, soñando tierras que están en su memoria, hablando con hombres y mujeres que entrarán en las páginas de sus libros. Todo ello con un solo fin: hacer de su obra un pasaporte universal al corazón del territorio donde vivimos, trabajamos y amamos. Para eso existe la magia, para poder ver el mundo con los ojos de aquella joven Natalie Wood, con su cortejo de esperanzas y sus terribles caídas. En eso la vida se parece a la literatura, o ¿es que la literatura, por alguna extraña alquimia, ha inventado la vida?

Serafín J. Pedraza Pascual

